CAPÍTULO LXIII. *De la elección del rey Ahuitzotl, octavo del imperio mexicano y muerte de el de Tlacupan; y nombramiento que se hizo de su hijo Totoquihuatzin; y se dicen otras guerras y elecciones*

HUITZOTL, HERMANO DEL DIFUNTO y de su antecesor Axayacatl, era tlacateclatl o capitán general de los mexicanos y era uno de los de más cuenta en la república; y como ya traían estas gentes de costumbre ir eligiendo los hermanos, unos tras otros hasta que pasaba la tanda de todos, hicieron la elección en este capitán, tanto por guardar el orden que venía corriendo, cuanto por parecerles el más digno para tan alta y preciada dignidad; y no se engañaron en esto porque era de muy atrevido corazón y muy afable y amigo de hacer bien a todos. Y en lo que primero puso mano en la ciudad fue en hacer el templo que su antecesor había comenzado, y luego se fue a hacer guerra a los mazahuas que se habían rebelado y los venció, y lo mismo hizo de los tziuhcoacas y tochpanecas en la provincia y reinos de Xalixco y guardó todos los cautivos que trajo de estas guerras para sacrificarlos en la estrena del templo cuando se acabase. Volvió sobre los tzapotecas (que demás de haberse rebelado habían muerto unos mercaderes mexicanos y aculhuas) y, vencidos, fue contra los de Tlacupan y también hizo guardar los cautivos que trajo de estas guerras. A esta sazón se acabó la casa y templo del demonio y para su estrena fueron llamados los dos reyes de Tetzcuco y Tlacupan y todas las gentes principales sujetas a los tres reinos, que cogen de mar a mar por las partes del mediodía al norte y todo lo que corre la tierra de oriente a poniente, y juntos todos (que parecían infinitos) se comenzó la dedicación de la diabólica casa y fueron los cautivos tantos que puestos en renglera por la entrada de San Antón desde Malcuitlapilco, que es el cabo de la calzada donde fenecen las casas de la ciudad, hasta donde ahora es la iglesia mayor o casas de Alonso de Ávila (que allí era el templo) por la parte de mediodía, y otra renglera por la del poniente, que comenzaba media legua del lugar del sacrificio, venían cayendo a él en las manos de los falsos sacerdotes que los mataban y la sangre corría por las gradas abajo del cu y altar como arroyos de agua cuando llueve muy continua y reciamente. Y no hay que espantar de tanta sangre y copiosa mortandad, pues fueron los sacrificados en esta diabólica dedicación setenta y dos mil y trescientos y cuarenta y cuatro cautivos. Duró esta fiesta cuatro días con grandísima celebración y el rey Ahuitzotl dio dones y preseas a todos los convidados, según la cualidad de cada uno, que fueron riquezas sin cuento las que se gastaron y lo más de ello fue distribuido por su mano, por sólo mostrar amor y voluntad a todos los de las provincias que se hallaron en su corte.

Este mismo año, después de la estrena de este detestable templo de Huitzilopuchtli, hizo Mozauhque, señor de Xalatlauhco, la de otro templo que

acabó, para la cual tenía recogidos muchos cautivos que, como querido que había sido de los reyes mexicanos, había tenido mano para prenderlos; pero, aunque se notan por muchos, no fueron con grande número tantos como los pasados; y aquí quiero que se advierta cuál andaba el demonio en estas estrenas con estos indios y la copiosa siega que hacía en ellos, con que llevaba tantos al infierno; y la ceguera de estos desventurados idólatras, que como bestiales hacían riza en tanta sangre humana. Alabado sea Dios por siempre que ordenó que cesase tanta maldad y dio conocimiento a estas gentes de su santo nombre para que de presente le alaben los que de ellos han quedado.

Al cuarto año del reinado de Ahuitzotl dicen que tembló muy reciamente la tierra y apareció una fantasma que llamaron toyohualitohua y debió de ser anuncio de algunas muertes (como lo suelen ser algunas cosas prodigiosas), y así pareció que dicen haber muerto luego un gran señor del pueblo o ciudad de Coyohuacan, llamado Tecocohuatzin; y el rey de Tlacupa, Chimalpopocatzin, fue contra los de Cuextlan que se habían rebelado y dejó allá muertos muchos de los señores mexicanos, entre los cuales fueron Ayoquentzin, Chalchiuhquiauhtzin y otros. Pasó a Chinantla (que es la costa de la Mar del Norte que le cae a esta ciudad al oriente) y los venció y a los coyotlapanecas, y los hizo tributarios.

Luego que el rey de Tlacupa, Chimalpopoca, hijo de Totoquihuatzin el primero, murió fue puesto en su lugar Totoquihuatzin el segundo, a cuya elección se hicieron grandísimas fiestas y regocijos y asistieron en ellas todos los más nobles de los reinos, y en Coyohuacan se nombró también señor. En Itztapalapan, Cuitlahuatzin y en Azcaputzalco, Tezozomoctli (aunque ya no con nombre de rey sino de gobernador), y en Tula Ixtlilcuechahuacatzin, que todos éstos eran nombrados por los reyes mexicanos como a los que ya reconocían vasallaje. Hizo guerra a los cuzcaquauhtenancas y vencióles, y por haber estado muy rebeldes y porfiados en la guerra y no habérsele rendido asoló la provincia y unos pocos que se escaparon se pasaron huyendo a Quauchpanco; y pasó a sujetar a los de Quappilollan. Pasó con la continuación de sus victorias a Cuezalcuitlapillan, provincia grande de gente y muy valientes y haciéndoles guerra no pudo vencerlos, aunque hubo muertes de ambas partes. Túvolos cercados algún tiempo, pero por más que hizo no los rindió y volvióse a su casa sin triunfar de ellos. Y dice la historia que aunque muchas otras veces les hicieron guerra, jamás quedaron vencidos y fueron desde entonces para los mexicanos, como los de la provincia de Tlaxcalla, que de las guerras que con ellos tenían, traían esclavos y cautivos para sus detestables sacrificios.

Al quinto año del reinado de este valeroso rey fue contra los de Quauhtla (en la misma provincia de Cuextlan), y les hizo fuerte y cruda guerra y entre los que allí más se señalaron fue uno, Motecuhzuma (que después le sucedió en el imperio y fue aquel grande monarca en cuyo tiempo entró Fernando Cortés en esta Nueva España). Este Motecuhzuma hizo presa de algunos en esta guerra, que era lo más honroso que entre ellos se acostumbraba, porque aunque el matarlos era de mucho esfuerzo tenían por

mucha mayor hazaña cautivarlos y traerlos vivos para sacrificarlos. En este mismo tiempo quisieron hacer guerra los huexotzincas a los de Quauhquechola y era al mismo que los reyes mexicano y tetzcucano la iban a hacer a Atrisco; pero como oyeron que los de Huexotzinco iban contra ellos se partieron en tres tropas y fueron los unos su camino derecho a Atrisco y los otros hacia Quauhquechola y los otros por la parte de Tenextepec, metiéndose por un valle llamado Xonacatepec, y allí les cogieron el paso a los huexotzincas, donde tuvieron su batalla y muerieron muchos de ambas partes; porque los huexotzincas eran valientes, aunque los ejércitos mexicanos, aculhuas y tepanecas llevaron la victoria. Aquí hizo muchas valentías y prendió algunos cautivos Tetzcatzin, hijo del rey Axayacatl y sobrino de Ahuitzotl, que debía de ser menor de edad que su hermano Motecuhzuma, pues entró primero en el reinado en la muerte de su tío. También hizo muchas valentías y mató y prendió muchos enemigos otro mexicano llamado Tlitototl, que después fue capitán general de los mexicanos. De vuelta de esta guerra hizo unas grandes fiestas Ahuitzotl, en las cuales sacrificó los huexotzincas que trajo presos y los de Cuextla y Quauhtla que tenía enjaulados, que fueron en muy pujante y crecido número (que éste era el fin de todos estos prendimientos).

CAPÍTULO LXIV. *Donde se dicen condiciones naturales del excelentísimo rey y monarca Nezahualpilli, de Tetzcuco, que son mucho de notar*

SER UNO DOTADO DE BUENA RAZÓN y entendimiento es merced grande que Dios le hace, porque con este soberano don se hace señor (las más veces) de sí mismo y llega a gozar de la vida mortal que vivimos con más aventajados gozos que otros que saben menos; porque del más o menos entendimiento de cada uno se conocen los más o menos efectos que produce. No fue nuestro tetzcucano Nezahualpilli de los que pudieron quejarse de la naturaleza en haber sido con él escasa, en darle mucha y muy buena razón y gallardía de entendimiento con el cual supo regirse y gobernarse todos los años que reinó (que fueron muchos), y con él se hizo señor no sólo de los corazones de sus vasallos sino también de todos los reyes y señores que le trataban y gozaban de sus sentencias y doctrina. De este rey se dice que sus gentes le tenían por hombre encantado; y en alguna manera tenían razón, porque de su niñez se dice que criándolo sus amas le veían en la cuna en diferentes figuras de animales; unas veces les parecía león, otras tigre y otras águila que volaba; pero llegando a la edad de discreción comenzó a dar olor de sí, de lo que después vino a ser en sus reinos, mostrando mucha prudencia y uniformidad de voluntad con que hacía igual rostro a todas las cosas, mostrando en lo adverso ánimo invencible y en lo próspero y pujante poca alteración de